COLECCIÓN
CAMINANTE
FERNANDO DEL PASO

Espiral

Edmée Pardo

Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Espiral

Edmée Pardo

COLECCIÓN
♦CAMINANTE♦
FERNANDO DEL PASO

Espiral

Edmée Pardo

Universidad de Guadalajara

letras para volar

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria

Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2018

Director de la colección
Fernando del Paso Morante

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autor
Edmée Constanza Pardo Murray

Prólogo
Berta Hiriart Urdanivia

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Octubre de 2018

ISBN 978-607-547-251-5

Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer el mundo, enriquecer el espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, de la Universidad de Guadalajara, tiene el objetivo de poner a disposición de niños y jó-

venes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

9 Prólogo
13 I
19 II
26 III
33 IV
40 V
45 VI
50 VII
55 VIII
60 IX
64 X
69 XI
75 XII

Prólogo

BERTA HIRIART[1]

La obsesión de Edmée Pardo por la escritura y sus alrededores no conoce límite. Esta autora no sólo escribe de un modo prolífico, cuidando maniáticamente la perfección del texto en cada una de sus comas y palabras, sino que escribe sobre personajes que escriben.

Ya en los cuentos de su libro *Pasajes*, encontramos a una Emilia inmersa en el intento de crear una historia a partir de un hombre de chamarra café a cuadros a quien ve en la fila del camión. También a una hoja en blanco que suplica al escritor «acércate y penétrame en silencio», y a un amante cuya mirada indaga en la espalda de la mujer querida hasta sentirse desbordado por el deseo de escribir acerca de ella. Esos son los dramas que enfrentan los personajes de Edmée Pardo y lo hacen con la misma pasión con la que otros experimentan un amor no correspondido o el verse involucrados en un asesinato. Lo importante, sin embargo, es que la autora logra transmitirnos la urgencia del escritor por armar un texto convincente, nos vuelve cómplices de la necesidad apremiante de hallar los elementos, de colo-

1 A partir del artículo de Berta Hiriart publicado en *La Jornada* 17 de julio de 1994.

carlos en el lugar correcto, el único, nos hace agonizar con sus lagunas y revivir con sus hallazgos. Esto, que ya está presente en los relatos anteriores de Edmée Pardo, adquiere dimensiones francamente delirantes en *Espiral*.

En *Espiral* una escritora, que aparece discretamente bajo el nombre de yo, escribe sobre un escritor llamado así, el escritor, que escribe sobre un tal Martín Ugalde, que escribe a su vez sobre Amalia, mujer que junto con Nachita, la señora que limpia la casa de Martín Ugalde, es el único otro personaje de la novela que no escribe ni quiere escribir, lo que ya puestos en la cuerda de Edmée Pardo resulta inexplicable.

Hay que aclarar, sin embargo, que el hecho de que en este libro casi todo mundo escriba no significa que se dedique sólo a ello. Los personajes de *Espiral* hacen además un montón de otras cosas. La resolución de la vida cotidiana está siempre presente, ofreciendo un contrapunto a los graves conflictos que aquejan al trabajo literario. Para empezar, los escritores tienen que ganarse la vida. Dan clases en alguna escuela de comercio, venden material de bisutería o se las ingenian para tranzar a quien se deje con pintura vinílica adulterada. También van al súper, a la tintorería y a las presentaciones de algunos libros. Saben que las relaciones públicas son una parte fundamental de su oficio. Y tienen algo de eso que se llama vida personal. Por ejemplo, el escritor de nombre el escritor, cuenta con una exmujer a la que añora cuando le duele la base del cuello de tanto estar frente

a la máquina de escribir, con la mencionada Nachita y con su amigo Carlos, compañero de sueños y tequilazos. Pero todo lo que rodea a éste y los demás escritores sólo cobra una función verdaderamente significativa al incorporarse en sus textos, ahí se ordena y adquiere sentido. Carlos, por volver al caso anterior, es una presencia fundamental para el escritor, tanto que no le pesan las horas que quita a la escritura para dárselas al amigo, pero algo impide que las dulzuras de la amistad se basten a sí mismas. Ese algo, la pasión por la escritura, exige que se completen en un texto, que nutran la relación entre Martín Ugalde y su mejor y único amigo, Jorge Cruz.

No hay que inquietarse si en la lectura se pasa por momentos de confusión. *Espiral* es una novela de enredos, donde aparte de la caja china que guarda la novela de la novela de la novela, hay un juego de suplantaciones que ofrece el gozoso entretenimiento del rompecabezas. No es contraria aquí, porque cada uno de los escritores que aparece en *Espiral* tiene su estilo y cada eslabón entre unos y otros su modo textual muy particular.

Lo que sí puede adelantarse es que se trata de una obra muy divertida, lúdica dice Sergio Pitol. Hay que aclararlo porque alguien podría pensar que al ser casi un tratado del quehacer literario, muy útil por ejemplo para quienes están adentrándose en el oficio, debe resultar algo denso, de difícil acceso. Y nada más lejano a la verdad. Los caminos de hallar la frase inicial, de vestir y bautizar a los personajes, de hallar los pasos de

la trama, y otras tantas peripecias literarias, son en *Espiral* elementos de un *thriller*, que el lector o lectora no puede soltar hasta acabar el libro. Lo cual, gracias al oficio de la autora, puede hacerse sin pasar demasiado desvelo, porque aunque en *Espiral* se escriben cuatro novelas al tiempo que ocurren varios engaños y desengaños, un concurso literario, un accidente fatal, un cambio de identidad y una persecución consecuente de alguno de estos hechos, todo ello cabe en sesenta y dos cuartillas bien medidas y compuestas.

I

¿Cuál será la primera frase de la historia?

Lleva horas mascullando la respuesta. El escritor pasa la mano por su rostro en actitud transida y después mira la palma en busca del reflejo de su cara. Cada vez que comienza un cuento o novela tarda más en decidir esa oración, organizando sujetos y verbos, conjuntando sonidos, que en escribirla. Sabe que existe un concurso de la mejor primera frase literaria, lo que señala de algún modo su importancia.

La tercera hora cae encima, sobre ella la cuarta y el peso del tiempo de un día interminable. Una idea salta a otra y su pensamiento abandona una palabra para recordar algún hecho de la vida y de ese hecho regresa, en otro salto, para seguir buscando. Podría decirse que tiene escrito en la mente parte del relato, pero aún no atina con la oración que lo encadenará a la máquina hasta agotar las palabras de la historia. Escribir es para él una condena que no se parece a la de los presos, aunque ambos permanezcan encerrados haciendo malabarismos dentro de la cabeza. Ellos cuentan los días restantes para cumplir su castigo; él, los días que lleva, y nunca sabe cuándo tendrá libertad para ir en busca de otra historia

que lo vuelva a sentenciar. Esta vez la condena se filtró casi a escondidas. No fue como la mayoría de las veces en que ronda algún elemento o imagen para desarrollar. De repente tuvo el tema; habitaba su mente cuando lo descubrió.

La noche se recostó ya sobre su casa. Ha pasado todo el día sentado, rayando hojas, acomodando palabras, tachando. Nada le es suficiente para empezar a teclear. Antes de instalarse en su sillón, leyó las tres distintas palabras del diccionario que lee diariamente. Empezó siendo un adolescente con la letra *a*. Desde entonces, cada mañana de su vida busca las palabras que siguen a las que leyó el día anterior, aunque en ocasiones dé zancadas de quince o veinte palabras que se derivan como uvas de un mismo racimo. Hubo una época en que le dio miedo no llegar a la letra *t*. Hay letras que tienen tantas palabras como la *c*, la *e*: bajo esos signos existe un universo completo que se explica con sus propios vocablos. Aquellas extensiones enormes hacían que perdiera la esperanza de llegar con vida a la *z*, siquiera a la *m*. La vida es tan frágil que en cualquier momento se quiebra y podría quebrarse en la *n*, en la palabra *no*, indicando *no más*. O en la letra *m*, en *marisma*, palabra tan linda, tan sonora, tan buena acompañante para entrar al pantano de la no existencia, de las no palabras, de las no novelas.

Después de leer las palabras correspondientes al día de hoy, fue al banco y al mercado, aunque podría decirse que no lo hizo. Fue porque ahí está el efectivo y la carne. No fue porque no tuvo conciencia de ello: la pasó meditando sobre la primera frase. No se percató de la montaña formada por mandarinas, de la pirámide de calabazas, de la gente y de sus gestos, de esas expresiones plásticas que lo cautivan tanto.

Ya sentado tuvo que levantarse al baño, calentar algo para comer y hablar por teléfono con Carlos. Comentarle en lo que iba, pedirle consejo para esa primera línea y reír ante las sugerencias de que los personajes fueran ciegos o se encontraran en un centro de donación de esperma. Después de la conversación no llegaron las palabras esperadas.

Cualquiera que hubiera visto al escritor, diría que no hizo nada más que estar apoltronado, observando las líneas de las huellas digitales marcadas en sus lentes, borrándolas: mirando la pared blanca como si fuera el muro divisorio entre los hechos y las sensaciones, como si con mirarla pudiera ser atravesada. Pero en esas horas invierte el mejor tiempo para su historia. Una vez conseguida la respuesta, las palabras llamarán a las siguientes y casi como un acto automático quedará escrita la novela. «La ciencia de la medicina fue un fantasma que habitó, toda la vida, en el corazón de Palinuro». A partir de esa línea, por ejemplo, salieron casi

setecientas cuartillas. «Hoy, en esa isla ha ocurrido un milagro: el verano se adelantó». Primera frase, eslabón de la novela perfecta. «Increíble el primer animal que soñó con otro animal. Monstruoso el primer vertebrado que logró incorporarse sobre dos pies y así esparció el terror entre las bestias normales que aún se arrastraban, con alegre y natural cercanía, por el fango creador. Asombrosos el primer telefonazo, el primer hervor, la primera canción y el primer taparrabos». Ese párrafo lo maravilla y quisiera agregarle: Asombrosa la primera línea de la primera novela. Desea encontrar las palabras precisas como Tolstói en *Anna Karénina*: «Todas las familias felices se parecen; las desdichadas lo son cada una a su modo». Ésa le entusiasma, pero si él la usara querría hablar de su familia que es más de las segundas que de las primeras.

Quizá habrá de empezar a escribir sin esa frase inicial, imán de las otras, comenzar por la segunda. Pero se atemoriza ante ello porque lo que atrae a las palabras, lo que eslabona a la novela, es la frase primogénita, y si iniciara con cualquiera otra la magia se rompería ya desde el principio.

Pero a pesar de ello, tal vez tenga que hacerlo porque se ha propuesto concluirla con el fin de participar en un concurso y ha de terminar, no sólo de escribir, sino también de corregir, en dos meses. Y ahí está el calendario de días y onomásticos deshojándose, con el tiem-

po avanzando. Si gana, con el premio podrá comprar una computadora e ingresar al mundo perverso de la electrónica para facilitarse el trabajo.

Podría empezar de muchas maneras y eso lo piensa ahora que se desliza en la cama enfundado en su pijama de franela. Depende del momento en el que comience la historia: al principio y que todo sea una sucesión cronológica de los hechos; al final y hacer *flash back*, como en las películas; o en medio, e ir para adelante y para atrás, como los movimientos de su mente. La última, probablemente, sea la mejor opción. Pero todavía existe una pregunta mayor: ¿quién cuenta la historia, qué ojos la siguen y explican al lector? ¿Quién narra? Cuando tenga la respuesta, la novela entonces quedará casi escrita. Sólo faltará transcribirla al papel…

El escritor duerme. Su casa también descansa de él, de su desorden, de su ir y venir buscando ideas. La pared blanca deja de dividir los hechos de las sensaciones y se filtran todos los mundos en ese espacio nocturno. Se filtra también este mundo mío, del cual provienen las palabras.

A media noche, más bien hacia la madrugada, el escritor se levanta de la cama y escribe en una hoja que reposa sobre el buró: «Creo que me están siguiendo.

No sé quién. No sé por qué, pero creo que me están siguiendo».

II

Un rayo de sol perfila el rostro pálido, casi inerte del escritor. No cerró la cortina de su habitación para levantarse con la luz de la alborada y regresar a la cacería de la primera frase desde temprano. Cada vez que trabaja sobre un proyecto mantiene ese hábito para luego romperlo y dormir de día, emborracharse de noche. O dormir por la tarde, desayunar de noche, leer por la madrugada. Cuando no escribe, el mundo y las horas transcurren de otra manera; pero cuando lo hace, una disciplina por él impuesta rige su vida.

Abre los ojos, fija la vista en el reloj despertador y busca el papel sobre el buró: La historia podría contarla el protagonista. Lo fundamental es nombrar a los personajes. Encontrarles nombre, llevar a cada uno a la pila bautismal y decirles «palabra eres y en palabra te convertirás», ungirlos con el trazo de su inicial, es lo primero. Entonces queda ya señalado su destino y faltará buscarles edad, gusto, oficio. En ocasiones pone segundos nombres, y en otras apellido. Cuando comenzó a escribir, sus personajes llevaban un solo nombre, pero últimamente le ha dado por imponerles la herencia familiar y les otorga también apellido.

Martín Ugalde es el nombre del protagonista. Martín porque si fuera mujer hubiera querido ponerle Martina. Se llama Martín: sólo puede ser de expresión mansa con ojos grandes, pestañas lacias y largas, dentadura amarillenta y desordenada, marco de una sonrisa triste, y como él, casi calvo a los treinta y cuatro. Siempre lleno de anhelos, idealista. Y como todos los Martines, frustrado. Quería ser escritor, vivir en el brete de armar historias, imaginarlas, de llevar pluma y libreta en mano. En cambio, lleva una anforita y mastica siempre, en su boca salivosa, la posibilidad de un nuevo negocio. De alguno que recortando un poco aquí, jalando allá, evitando tal, le permita cubrir los gastos del mes entrante.

En algún tiempo Martín Ugalde se dedicó a la compraventa de automóviles. Los adquiría viejos y descuidados por algunos pesos. Los arreglaba para venderlos y hasta quintuplicaba lo que había invertido en ellos. Luego se enredó en el tráfico de animales de pieles preciosas. Tenía que sacarlos de Chiapas y entregarlos vivos en Aguascalientes. Los alimentaba solamente con agua para que la piel comenzara a desprenderse de sus músculos. Cuando entregaba, recibía hasta cuatro millones por animal. Él ni siquiera se había tomado la molestia de capturarlos. Los metía en la cajuela y arrojaba una cápsula de gas tranquilizante en cada cruce de caseta para evitar ruidos y sospechas. De ese negocio sí que sacaba dinero porque arreaba seis animales por viaje y los gas-

tos eran mínimos. Pero un día soñó que víboras y lobos lo aprisionaban asfixiándolo con sus pieles. Entonces cambió de actividad. Vendió terrenos ajenos, boletos para rifas inexistentes, artículos de contrabando. Y no es que Martín Ugalde desde siempre hubiera querido ser tranza, pero no sabía emprender negocios legales. Esos, según él, son los que no funcionan porque con los impuestos uno termina siendo esclavo del gobierno.

Martín Ugalde casi no gasta dinero porque no tiene familia y sus vicios son baratos. Escribir es lo que siempre ha querido y a veces entre trago y trago, cuando se encierra en su departamento sucio, decorado con calendarios viejos de mujeres semidesnudas y plagado con cerros de periódico, escribe a mano, en un cuaderno de hojas amarillas, palabras rebuscadas en las que perfila una historia.

Así es Martín Ugalde: un poco como todos los Martines, tranza como sólo los Ugalde. Podría ser él quien contara la historia. Pero no es él el perseguido, sino un amigo suyo, Jorge Cruz, quien después se hará pasar por Martín Ugalde.

Jorge Cruz. En su nombre también lleva la forma y el destino: Cruz como la cruz de Cristo, como la cruz de la moneda que danza en el aire y esconde la cara en el suelo, cruz como la que le pusieron los maestros en sus

exámenes de matemáticas en la secundaria, cruz como la que su novia le dijo que era de oro pero resultó de plomo después de dejarlo, cruz como la pintan en los árboles que ya han sido contados, Cruz Verde como la ambulancia que llevó a su padre atropellado y muerto, cruz como la de la ceniza que le puso el cura el primer miércoles de cuaresma a los nueve años, cruz como una de las Tres Cruces que lleva el nombre de su pueblo, allá en Oaxaca.

Y es Jorge no como el santo que mata al dragón y que pintan en las iglesias con tonos oscuros, ni Jorge como aquel con sentido del humor y que fue esposo de Joy Laville, ni Jorge como el niño que aprendió a hablar para denunciar al mundo, ni Jorge como el que vendía drogas y murió joven. No era Jorge así, pero un poco como todos ellos: pelo hirsuto, castaño oscuro, mediana estatura y cuerpo redondo, ojos de rendija y bigote ralo; la cara típica de las ratas de caricatura.

Jorge Cruz sólo sabía comportarse de una manera: satisfaciendo las necesidades de los otros. Decía lo que quisieran oír sobre él, porque causar decepciones era lo que más le molestaba. Así, una ocasión dijo ser rico y sin familia, otra tuvo cáncer y murió al poco tiempo, otra trabajó en el hipódromo y por ese entonces también dijo que era jockey, dueño de una cuadrilla de caballos y por unos días fue veterinario. Una temporada se hizo

pasar por sacerdote y enseñó a las fieles arrepentidas la delicia de la carne. En Oaxaca fue guía de turismo de ruinas que desconocía, arqueólogo y hasta amigo de Tamayo, porque cuando el pintor vivió ahí platicaba con él. También fue aprendiz de escultor, cocinero y vendedor de seguros.

Y una persona que es así, que vive para no defraudar a los demás, que engaña por compasión, siempre tiene dinero porque se le paga cualquier precio y en cualquier momento con tal de evitar la pena de la desilusión. Jorge Cruz vivió siendo muchos otros que no eran él pero con su mismo nombre, hasta cuando conoció a Martín Ugalde y dejó la cruz de su pueblo y de su infancia para convertirse completamente en otra persona.

El escritor levanta una sonrisa, se siente satisfecho porque ahora tiene el retrato hablado de sus personajes; esas palabras conforman sus rasgos. Es como si los vocablos adquirieran tonos y sombras, y bocetaran la cara de Martín y la de Jorge. Ahora solamente habrá de ponerles un sonsonete para hablar, un tic o un hábito característico. Por ejemplo, Martín Ugalde podrá tener la manía de llevar siempre una mano metida en la bolsa del pantalón y Jorge Cruz la de pestañear o acariciar cien veces al día, por decir lo menos, su bigote.

El escritor relee el papel que descansa sobre el buró y reflexiona sobre su caligrafía dormida. Esa hoja es la nota de su único traje que está en la tintorería y que ha de recoger para asistir a una cena a la que fue invitado. Se mete a la regadera. Disfruta el agua que cae sobre su cuerpo; son minicataratas y su piel un mapa de corrientes acuáticas, ahí está el origen del mundo, del planeta. Durante el baño imagina detalles que puedan caber dentro de la historia. Piensa en el atuendo de Martín y en el de Jorge. El agua es buen fertilizante para las ideas.

El escritor abre el ropero, es un invernadero de naturaleza muerta. Toda su ropa es de color verde, desde los calcetines hasta los abrigos, pasando por corbatas y algún sombrero. De tal modo no dedica tiempo a escoger la combinación que ha de ponerse. «Finalmente todos los tonos de verde van bien, le dijo a Carlos, habría que desconocer los bosques para negarlo». Mientras se viste piensa que uno de los personajes podría usar pantalón de pana y camisa a cuadros.

El timbre de la puerta lo distrae de sus pensamientos y al mismo tiempo lo conforta porque adivina que es Nachita, la señora que limpia la casa, prepara de comer, lava la ropa y hace todo lo que él evita hacer. La señora charla sobre su hijo y su colonia. Esa es otra historia, piensa, y podría usar la voz de ella para contarla el día en

que quiera escribir sobre una mujer así, tan vital, tan necesaria para su vida.

El escritor toma la nota de la tintorería. Se acomoda en el sillón con pluma y libreta en mano. Ahí está la huella de su cuerpo, del trabajo de ayer. Ahí está la pared endurecida, su cuerpo, antes origen del planeta, ahora deshidratado. Pero aun así, hoy quiere encontrar de una vez esas palabras.

III

El trapo de la sirvienta recorre la casa del escritor. Acaricia los libros, frota la mesa, arrastra una jerga por el suelo. Riega las plantas, desempolva las hojas y con su tacto las reverdece. «Cómo entra polvo», murmura mientras lo hace. El escritor la oye y desde la sala grita: «¡Para eso viene usted, Nachita!, si no hubiera polvo no vendría tantas veces». Nachita hace una mueca y continúa con su trabajo. Se asombra de que le haya dirigido la palabra ahora que trata de escribir, que haya roto la barrera invisible de lo que ella llama su templo de palabras. Generalmente, en esos momentos no tolera la mínima distracción. Conecta el teléfono a la máquina contestadora y se olvida de la existencia del mundo. Nachita sospecha por ese comentario que hay problemas.

La última vez que él habló mientras intentaba escribir fue el principio de semanas coronadas con disgusto y desesperación. Rondaba por la casa como búfalo encerrado, agonizante, para luego salir a la calle y regresar con peor carácter. Frecuentaba con mayor asiduidad a Carlos, lo que le impedía despertarse con el rayo de sol porque sus convites inician desde la seis de la tarde con

un cafecito y un licor, para seguir en algún bar, la cena, y continuar bebiendo para llorar de la risa o llorar sin risa.

Y también recordar, estrechar hasta muy noche esos lazos tan fuertes.

Nachita termina de asear el estudio. Dice al escritor que ya puede pasar si quiere, que ya revisó la cinta de la máquina y que también hay suficientes hojas. El escritor la ve de abajo hacia arriba, no recuerda cuándo fue que esa cabellera negra se colmó de canas.

—Nachita, tengo ganas de mandarla por cigarros.

—Pero si usted no fuma…

—Pero nunca la he mandado por cigarros y es algo que me gustaría hacer.

—¿Y sólo me va a mandar o quiere que vaya?

—Que vaya para que tenga sentido. ¿Iría?

—Usted manda.

—Nachita, hágame el favor de traerme dos cajetillas de cigarros, de los de siempre.

Nachita lo mira azorada; comprende que esta ocasión será más grave que la anterior. Se quita el mandil y sale.

El escritor mira nuevamente su nota de tintorería como si esas palabras fueran a salir del papel para prendérsele de la garganta y ahorcarlo, y evitarle esa búsqueda tortuosa.

Mira otra hoja tachoneada donde es imposible leer algo. Tendrá que ser muy cuidadoso al momento de escribir cómo se conocen Jorge Cruz y Martín Ugalde, concentrarse para cuidar las contradicciones e incoherencias. Enfrentar a dos personajes siempre es difícil porque hay que aclarar su lenguaje, diferenciarlo.

Nachita regresa de la tienda con las cajetillas de cigarros, sin decir nada las entrega.

—Gracias.

—Ándele.

Ella se amarra el mandil al cuello y continúa el quehacer. A la una de la tarde en punto le lleva al escritor un vaso con agua de jamaica y silenciosa lo deja sobre la mesa. Él duerme en el sillón, con los lentes puestos y la boca abierta. Cuando despierta nota que la luz del día es opaca, son casi las cinco de la tarde. Busca a Nachita, pero se ha ido. Dejó un recado en la cocina: «No se moleste por no haberlo despertado, pero luego se pone de malas. Hay comida en el refrigerador». El escritor arruga la hoja y su rostro pálido enrojece. No comprende cómo ha podido dormirse cuando tiene tanto trabajo, cuando aún no comienza a escribir, ni encuentra la primera frase, cuando el tiempo de entrega corre.

Se humedece la cara para avisparse y calmar el enojo, pero tampoco puede trabajar. Piensa en Martín Ugalde que a veces, entre tragos, escribe un poco. El escritor teme que su situación sea más crítica que la de Martín.

Mientras calienta la comida, medita en cómo se han de conocer los personajes.

En un tiempo Martín Ugalde vendía a joyeros material de bisutería con aleación de oro, alpaca y cobre que una persona preparaba en Jalisco. En esa misma época Jorge Cruz se hacía pasar por joyero y ambos coincidirán un par de veces con el jalisciense. «Habrá ocasión de platicar con unos tragos, como Dios manda», dirá Ugalde a Cruz con su boca amarilla y salivosa. Y Cruz le sonreirá acariciando su bigote de roedor, aceptando.

Esa frase debe quedar así, y el escritor la anota en su libreta.

En otra ocasión en la que Jorge Cruz y Martín Ugalde vuelven a coincidir con el proveedor del metal, llegará la policía con orden de arresto. Ellos escaparán, de hecho huirán juntos y decidirán ir a la capital a probar suerte.

El escritor nunca antes ha ideado una historia así, de delincuentes, de estafadores. Darle verosimilitud a esos hechos es muy complicado porque ningún lector creerá que al llegar los oficiales griten: «¡Arriba las manos, policía!». Sabrán que es copia de un mal doblaje de la televisión. Si tuviera amigos escritores podría consultarlo con ellos.

El escritor necesita estudiar la manera de establecer vínculos más fuertes que la complicidad de la huída para que, ya en la capital, compartan el mismo

departamento. Algo tendría que unirlos: quizá se asocien, o les gusten las mismas películas, o hayan nacido en la misma fecha, o de menos sean del mismo signo zodiacal.

Mientras el escritor considera lo que dirán Martín Ugalde y Jorge Cruz, siente las palabras en los dedos con los que tecleará. La *s* en la yema del anular izquierdo, donde alguna vez llevó arra de matrimonio, la *a* en el meñique del mismo lado, la *o* en el anular derecho, la *h* en el índice de esa mano. Quieren sus dedos empezar a teclear esas letras. La *f* con el anular derecho. Aunque no sabe escribir a máquina con todos los dedos, lo hace rápido y bien, sin alterar el orden de las letras en las palabras, sin comérselas. Después de largas jornadas le duele la base del cuello y sólo puede quitarse ese dolor con el jugo de medio limón que tan bien le untaba Marlina, su exmujer. Si comprara una computadora transcribir sería menos pesado.

En pocos días estará escribiendo así, sentado sobre un cojín frente a su Olivetti color verde. Sabe que al proyectar la historia desde el principio llegará el momento en que decida arrancarla. Algo de lo que inventa podría ser el inicio de la narración.

Nunca se había propuesto participar en un concurso, no porque no necesitara dinero, sino porque le parecía que los escritores no tienen por qué competir, que hay novelas buenas y malas, y las buenas lo son cada

una a su manera, como las familias desdichadas. No se puede establecer una distinción por el hecho de que algo le parezca mejor al jurado, pues eso no quiere decir que verdaderamente lo sea, sólo que es lo que más le agradó, lo que tampoco dice mucho. Por esa razón había pasado de largo las convocatorias como si no fueran dirigidas a él. Pero ahora ha decidido entrar al certamen. En primer lugar, porque le resulta novedoso, y en segundo, porque necesita ganarlo, necesita el reconocimiento de los otros. Publicar como lo hace, una vez por semana en un diario vespertino, es mantenerse casi inédito; y los libros que ha escrito están engargolados, guardados en el cajón, porque teme que las editoriales rechacen su trabajo y mejor los deja ahí. Claro que el pretexto es la computadora. Es incapaz de decirse a sí mismo que requiere esa valoración, reconocería entonces que ha mentido todas las veces que ha renegado de los concursos. Pero aunque ganara no compraría la computadora porque le gusta escribir con Nachita al pendiente de la cinta y las hojas, y a él con el ruido del tecleo. Reconocerlo arruinaría el motivo para participar en el certamen y entonces no tendría prisa por encontrar esa frase inicial, y si no tuviera prisa seguramente la encontraría.

Si se relacionara con escritores, aunque no escribiera, sería escritor. Aunque escriba y lo haga bien, si no se vincula con escritores, nunca será reconocido como tal. Eso lo dijo su amigo Carlos un día entre risas. Le dio rabia aunque sabe que es verdad. Pero su incapacidad

para trabajar con alguien, para salir de esa armadura verde y ofrecer un saludo, le impiden hacerlo. Él es escritor del segundo tipo y está harto, quiere serlo para los otros escritores y no sólo para su mundo reducido: Nachita, Carlos y antes Marlina. Por ello debe ganar el concurso, porque quiere que su nombre salga en todos los periódicos pero no bajo la cabeza de un artículo suyo sino como el ganador del premio. Tiene confianza en obtenerlo porque la historia es buena. Sólo necesita hallar esa primera frase.

Sospecha que lo verdaderamente complejo es la representación de Jorge Cruz siendo Martín Ugalde, porque si es trabajoso dibujar a los personajes, lo es más cuando uno de ellos finge ser el otro. Por eso tiene que pensar bien en Cruz, dialogar con él, imaginarlo contoneándose en la calle con su cara de ratón, para que cuando sustituya a Martín Ugalde no le salga la cruz de su pueblo, aunque tampoco será Martín de ojos grandes y de pestañas lacias, sino una mezcla de nombres y actitudes que nunca antes había creado.

El escritor escribe en su libreta. Las horas de la noche están sobre su espalda.

IV

La luz se filtra por la ventana y el escritor se pone de pie.

Se acostó con deseos de que fuera ya el día siguiente para despertar y empezar a trabajar.

Así, en su pijama de franela, sin lavarse la cara ni los dientes, busca la nota de la tintorería. Cuando la encuentra, se dirige al estudio para proseguir con la averiguación de las palabras que abrirán la historia.

El estudio aguarda en completo orden: es evidente que no ha escrito. Es la mano de Nachita la que se ve, no la propia. Las hojas apiladas al lado derecho de la máquina. El bote de basura del lado izquierdo de la silla. Un pisapapeles en espera de sujetar las hojas que va a escribir. Le apena ver su estudio así. Si ya estuviera escribiendo, encontraría el desorden de la creación. Ese desbarajuste que le da tanto placer, pues es indicio de vida. Tazas de té vacías y trozos de galletas son la huella del trabajo y le recuerdan que debe seguir. Claro que gracias a Nachita aquello toma orden. Sin la mano de ella no habría principio ni fin en ese lugar. Le complace su ayuda, pero le disgusta no desordenar. Y cuando no lo hace porque está fuera, porque tiene que impartir clases de redacción en la escuela de comercio, corregir exámenes, revisar las galeras del boletín financiero que está

a su cargo, o porque anda de editorial en editorial buscando en cuál entrar, no hay problema. Pero cuando todo permanece ordenado por incapacidad para desarreglarlo, como casi siempre, se apodera de él la duda sobre su vocación: «Quizá estoy perdiendo el tiempo y mejor debiera dedicarme a otra cosa, dejar de tratar de ser lo que no puedo. Quizá debiera irme en una expedición al África, a ver si encuentro elefantes blancos, o ser voluntario en algún centro de beneficiencia, o quizá, quizá debiera hablarle a Marlina y pedirle que vuelva».

Frente al escritorio, con el cabello alborotado, sus lentes sobre la punta de la nariz, el escritor hace ejercicios de caligrafía con un lápiz. Mientras tanto, retoma la historia donde la dejó, Martín Ugalde y Jorge Cruz huyen de Jalisco y vienen a la capital. El escritor disfruta el sonido del grafito deslizándose sobre la hoja.

Martín Ugalde conoce a una señora que alquila departamentos en una unidad habitacional. Si tuviera uno desocupado se los podría rentar sin anticipo. Entre ambos pagarán la renta mientras se encaminan cada cual a su destino.

No tiene importancia el nombre de la señora, tampoco es necesario hacer su retrato hablado, ni saber su origen. Si el escritor se detuviera en eso, cada historia se prolongaría infinitamente, como es infinita la historia del

mundo y su universo. Existe una mujer que es el elemento que facilita la vivienda al par de pillos venidos desde Jalisco. Sería inverosímil que al llegar ya tuvieran casa aun sin trabajo. Es necesario crear personajes secundarios, muy secundarios, personajes estambre que sólo sirvan de lazo para tejer la trama de la historia. Aunque interesaría abundar sobre el intenso olor a crema barata de la mujer, su ropa manchada, el excesivo maquillaje azul sobre sus ojos, el tono cursi de su voz.

Jorge Cruz y Martín Ugalde ya residen en la unidad habitacional al sur de la ciudad. Los jardines y las casitas que la conforman los hacen sentir en una pequeña ciudad dentro de otra inmensa, como si un juego de cajas chinas se prolongara y dentro de esa pequeña ciudad hubiera otra. Al principio, el ritmo veloz de la urbe los asustará, pero gracias a su carácter, rápidamente entenderán el movimiento de la gente, de las calles, las mañas requeridas para sobrevivir en un lugar como ese. Lo que deberán hacer es conseguir medios para vivir y pagar la renta, el pasaje y las otras cosas también necesarias.

El escritor anota sobre la hoja llena de ejercicios caligráficos: «Preguntar sobre medios de vida», aunque no le pregunte a nadie. Es algo que él debe responderse. Reflexiona, supone que ese es otro posible bache: darles un medio de subsistencia en la ciudad. A menos que alguno de ellos, en un trabajo anterior, hubiera estable-

cido contacto con alguien en la capital y esa persona pudiera ofrecerles alguna alternativa.

Mientras Martín y Jorge encuentran a quien les habrá de proporcionar nombres y lugares para contactar algún negocio, pasan mucho tiempo juntos y eso les permite contarse sus vidas. A Jorge Cruz le interesará la novela que escribe Martín Ugalde, no sólo porque nunca había oído maneras tan complicadas para decir lo simple, sino porque le parece interesante el personaje central.

Inclusive, en ocasiones intenta descifrar las hojas amarillas que Ugalde logró sacar de Jalisco. Jorge Cruz nunca antes había conocido a alguien que quisiera ser escritor.

Lo que más le asombra es que Martín Ugalde no responde a su idea de cómo deben ser los escritores.

—Cuéntame algo sobre tu novela.

—Pero ya ni sé en qué va.

—Lo último fue que la muchacha conocía a un tipo dueño de una cantina y ella se lo llevaba a la cama.

—¿Yo dije eso?

—Sí, bueno…, más o menos.

—Dije que Amalia propuso el juego de los sexos en un silencio plagado de brillos, en un mudo parlamento de sus cuerpos.

—O sea que sí se fueron a la cama. Es lo mismo.

—No es lo mismo porque el hombre no es una criatura cualquiera.

—Pero, ¿tiene que decir las cosas así?

—¿Quieres que siga o no?

—Pues ándale.

Martín comienza a hablar:

«Amalia es una fémina de particular fisonomía. Rojizo es su cabello del que brotan serpientes verticales. Su piel es una enorme y anaranjada mancha salpicada por minúsculas partículas blancas en constante movimiento; grisáceos son sus ojos».

Ella es Amalia, el personaje principal. Ella es como una mujer que conoció con actitudes de macho, que se liaba con varios hombres al mismo tiempo y que, cosa rara, todos respetaban.

Jorge lo mira interesadamente tras la rendija de sus ojos. Eso le dará ánimo y confianza a Ugalde para escribir, le aportará la decisión y fortaleza que requiere. Jorge Cruz se convertirá en el mejor amigo de Martín Ugalde.

El escritor piensa en Carlos, en lo bien que le hace su compañía, en que él también es fortaleza y entusiasmo. Reflexiona sobre lo estupendo de la vida con un amigo como aquel. Tomará elementos de esa relación para nutrir la de Jorge y Martín, serán un decantado de ellos. Será la manera de hacerle un homenaje secreto, casi imperceptible.

Ese trozo de la novela avanza provechosamente y el escritor sabe que se encuentra al principio de un buen día de trabajo. Esos se anuncian desde el comienzo. Lo que aún no resuelve es el medio de vida que tendrán en la capital, lo que es un asunto importante porque a partir de ahí su relación se irá modificando. Quizá los vincule con alguien relacionado a Ugalde, no podrá ser conocido de Cruz porque resultaría imposible llegar con otra identidad, o al menos la más constante: suplantador.

Martín Ugalde tiene referencias de alguien que sacaba de una lata de pintura vinílica cuatro más. Las vendía y cuadriplicaba su ganancia. Sabe que esa persona trabaja en una tlapalería de Naucalpan, pero nada más. Así que el escritor puede dedicar buena parte a describir Naucalpan mientras Martín Ugalde recorre las tlapalerías en busca de ese hombre. En tanto, Cruz habrá decidido no decepcionar a una señora que busca chofer y se hace pasar por conductor de camiones de línea recién llegado a la ciudad en busca de trabajo. Finalmente Martín Ugalde encontrará al hombre de la tlapalería y volverá al negocio de la tranza y el engaño en el área de la pintura. Cruz manejará por toda la ciudad paseando a una mujer rica, güera químicamente pura y con cierto grado de histeria crónica.

Ha sido un día fructífero para el escritor, ha resuelto varias dudas y se siente optimista porque sabe que si bien

no ha encontrado la primera frase, no se sentará a escribir con escollos en la trama. Este recuento ha servido para afianzarla.

V

Al llegar Nachita, el escritor no se encuentra en casa. Si no abre la puerta, busca la llave en la maceta de la entrada.

El escritor está en la escuela de comercio donde cobrará su mísero sueldo. Después irá a preguntar sobre los cursos de suahili pues tiene interés en aprender ese idioma, aunque lo que realmente le atrae es asistir a un curso donde supone habrá gente fuera de lo común y con la que quizá pueda establecer una relación. Luego comerá con Carlos, después recogerá su traje de la tintorería, y por la tarde asistirá a la presentación de un libro que vio anunciada en el periódico. Acude a ese tipo de actos para encontrar personas que escriben, para vincularse, para sentirse en el ambiente que debiera ser el suyo pero que no es. Las causas, duda él, podrían ser timidez o que no escribe bien; o podrían ser muchas otras que no adivina. Asiste porque no pierde la esperanza de cruzar una mirada sincera con alguien que logre rescatarlo del anonimato.

Esos días son tremendos para él porque no puede escribir. Entre tantas actividades no halla siquiera dos horas seguidas para hacerlo. Tampoco tiene tiempo para

crear cuando prepara sus artículos para el periódico: localizar a las personas que debe entrevistar, ir al sitio que le indican, le toma a veces hasta una semana. Esos días saturados de horas ocupadas con gente y asuntos lo desesperan porque es entonces cuando lo invade el deseo ingente de sentarse a la máquina. Es en esos momentos cuando se le ocurren frases completas, personajes, anécdotas. Y a veces, cuando no puede controlarse, no asiste a las citas, deja cuestiones sin arreglar y a las secretarias sin clase.

Por eso los escritores tienen fama de impuntuales e incumplidos, pero él no es culpable de que la escritura quiera demostrar su fortaleza y le gane a otras actividades. Quisiera controlar esas situaciones pero no puede dominar sus impulsos. Por lo que prefiere darse tiempo para escribir por la mañana, de esa manera le queda la tarde para sus otras labores. Generalmente así sucede porque además le es imposible permanecer doce horas seguidas escribiendo: el cerebro se le deshidrata y las piernas se le acalambran. Pero siempre hay días, como el de hoy, cuando los compromisos se acumulan, días en que el destino se entretiene en crear obstáculos que le impiden escribir aunque sea un momento.

El escritor llega primero que Carlos a la cita. Ese restaurante es uno de sus favoritos por la comida italiana y la decoración. Reproducciones de artistas de principios

de siglo cuelgan de las paredes. Le fascina identificar al autor de las obras sin tener que ver la firma. Aquél es un Miró, ése es Picasso, Matisse. Confirma con ello su cultura plástica, fundamental en un escritor. Ordena agua mineral y sabe que hoy también tendrá que pedir el platillo más económico, no el más apetecible, para poder pagar las bebidas que ordene. Comida o alcohol, y prefiere lo último.

Carlos llega y el escritor se para para darle un abrazo a la usanza de los políticos, con la diferencia que el de ellos, el del escritor y Carlos, es sincero, de hermanos. Primero las preguntas de costumbre, las que cubren la información general sin entrar en detalle. Después, a cada sorbo de sus tragos emergen las cosas íntimas. Y el encuentro es una conversación donde se habla de todo y de nada en particular, donde se dicen muchas palabras inenarrables por lo intensas, por lo amables. Porque no es tanto lo que hablan sino esa sensación grata que es la amistad. Entonces para el escritor no importa no haberse sentado a escribir ni a mascullar su primera frase. Lo que importa es ese rato de vida que no se le repetirá nunca.

El escritor abandona el restaurante sintiéndose contento. Va por su traje a la tintorería, entrega la nota, y con ella se va la frase que había apuntado aquella madrugada primera de esa historia. No se percata de ello hasta la presentación del libro, cuando de tanto aburrirse con

las parrafadas de quienes hablan comienza a cavilar sobre su novela…, y es allí donde se da cuenta de que ha dejado ir por error lo único que tenía escrito. Su rostro pálido empalidece más. Sale corriendo de la librería donde se presenta el libro y casi llora. El día de hoy no solamente no pudo escribir, sino que perdió las únicas palabras escritas. Quisiera recordar qué decían, pero su ansiedad y rabia se lo impiden.

Busca las llaves del coche y no las encuentra. Su exesposa le decía que si aprovechara en estudiar lenguas el tiempo que ha invertido en su vida buscando las llaves del coche o de la casa, sería políglota. Posiblemente por ello es que ha contemplado los cursos de suahili. Hace mucho no pensaba en ella y con su recuerdo una tristeza enorme se instala en él. Finalmente las encuentra y se queda en el coche. Se siente devastado. Ni siquiera la placidez que sintió al estar con Carlos lo anima. La gente de la librería sale y él sigue ahí, en ese útero metálico, viendo lo que sucede en la calle.

Piensa que quizá sea hora de ir al analista. De darle una interpretación científica a su vida de escritor que no escribe, de hombre divorciado, de hombre que nunca encuentra las llaves. Quizá sea el momento de ir una vez por semana a perorar frente a un papanatas que le cobrará por hora doscientos mil pesos que no tiene. Pero eso, casi está seguro, no resolvería nada y sólo le robaría

tiempo para escribir. El escritor se dirige a su casa. En el camino se le ocurre que también Martín Ugalde enviará su novela a un concurso. La diferencia es que Martín, porque así lo ha decidido él, ganará. En cambio él… De menos que le suceda a alguno de sus personajes. Se figura a Martín Ugalde enviando un sobre con tres copias de su novela de trescientas cuartillas escritas a máquina a doble espacio por una sola cara, a una editorial. Imagina un telegrama dirigido a él, diciendo que ganó. La idea desentierra al escritor de su depresión y lo motiva a proseguir con su historia.

VI

Dos cables atraviesan, de pared a pared, el estudio del escritor. De ellos penden hojas sujetadas con pinzas para colgar la ropa. En cada hoja aparece escrita una parte de lo que ha discurrido sobre la novela. Bajo el título de Martín Ugalde están sus hábitos, datos biográficos y trabajos. Bajo el nombre de Jorge Cruz, sus cambios de oficio, profesión y lenguaje. A cada suplantación corresponde cambio de casa, de piel, de mirada. En otra hoja, la novela que escribirá Martín Ugalde sobre Amalia. Partes de diálogos en todos lados. El estudio es un tendedero de ideas y trozos de novela. El escritor se aleja para mirarlos como si estuviera frente a una pintura. Al acercarse cambia el orden de algunas páginas y se aleja nuevamente para ver con mayor claridad los trazos de su obra. Pela una mandarina mientras observa. Bajo esa cortina de papel transcribe en una hoja que habrá de tender los apuntes que están en su libreta de notas.

Martín Ugalde y Jorge Cruz viven entre la cerveza y el tequila, y pasan del tequila a las historias de su infancia, de las canicas a los programas de radio, el primer programa de tele, la primera mujer de quien se enamoraron. Abundan las anécdotas sobre asuntos fraudulentos, sobre suplantaciones. También hablan de las cosas de diario.

Jorge Cruz convence a Martín Ugalde para que termine su novela y la lleve a mecanografiar a un escritorio público. Martín Ugalde acaba su novela de la siguiente manera: «Apareció Amalia con una corta bata que se untaba en su desnudo cuerpo mojado. Una sonrisa, un roce. Todo ello germinó en pecados de viejos vicios. Aquel árbol volvía a rendir agridulces frutos». La titula *Amalia,* como la protagonista. La tiene lista cuando encuentra en un periódico la convocatoria para un concurso de novela y decide enviar su trabajo. La vida de ambos transcurrirá igual. Jorge Cruz pidiendo a Ugalde que escriba otra novela y Martín negándose porque sabe que la vida no le ha permitido ser quien él hubiera querido, y que si finalmente después de muchos años escribió algo, fue por razones inexplicables. En realidad no es escritor y además, si tarda tanto en una segunda novela como en la primera, la vida no le será suficiente para terminarla.

El escritor cuelga esa cuartilla en el tendedero. Le gustaría tener ahí, prendida del cable, la nota de la tintorería. Tener las primeras palabras que escribió de su novela aunque no sea esa la frase inicial. Mira amontonadas las semillas de la mandarina que comió. Si la mesa fuera tierra, reposaría ahí, sobre ella, una huerta de mandarinos que crece debajo de un cielo de papel. Para cuando los árboles den sus primeros frutos, el escritor habrá terminado la novela sobre Martín Ugalde y Jorge Cruz que aún no tiene nombre, y con suerte, habrá recibido

el premio y dejado de ser un ilustre desconocido para ser un ilustre premiado desconocido.

Nachita lleva el agua de jamaica en punto de la una y sin hablar le sonríe. Ella intuye que él la mira aunque finja no verla en esos momentos. Sabe que está pendiente de ella.

El escritor mancha una hoja con el agua que bebe. En esa hoja deberá anotar los trazos de muerte de Martín Ugalde. Sólo matándolo Jorge Cruz podrá sustituirlo. Con su muerte dará vida a la nomenclatura extraña de Jorge Martín Cruz Ugalde, el hombre al que persiguen. Pero aún no sabe con qué letras escribir el deceso de ese personaje al que ya quiere. Matar a un personaje es para algunos lectores salida fácil para una historia: revela la incapacidad de crear los puntos de la trama. Pero matar a un personaje para el escritor es un acto doloroso, pues es él quien le da vida creándolo, quien le da sentido y se lo quita, se lo arranca de un golpe y lo termina con un punto final. Es la mano del escritor quien lo acompaña por las páginas del libro para después, en un acto de seis letras, las de la muerte, aniquilarlo. El escritor tiene que recuperarse frente a la inminente desaparición de Ugalde. El personaje seguiría creciendo pero el escritor no lo desea a pesar del cariño que le tiene: le entorpecería la historia, debe matarlo. Si lo dejara vivir deambularía por ahí, entre los renglones, con rumbo des-

conocido, y entonces estaría escribiendo otra historia, no ésta, la de la frase que aún no halla.

Para que la despedida sea menos dolorosa, el escritor quiere crearle una muerte suave, que muera como él desea morir. Pero eso no puede ser así. Necesita ajustarle una muerte de acuerdo a su trabajo o al lugar donde vive, porque si sufre repentinamente un ataque al corazón los lectores dejarán el libro; resultaría gratuita una muerte de esa manera. Aunque así lo haga el destino, el escritor no lo puede hacer con sus personajes. El destino se concede licencias que el escritor no puede darse.

Martín Ugalde ha de morir en un accidente automovilístico rumbo a la entrega de un cargamento de pintura, o podría matarlo alguno de los clientes a quienes ha engañado. Si muere en un asalto callejero, le daría migraña escribir sobre lo grotesco de la ciudad donde vive. Pero si lo hace morir de una enfermedad tendría que incluir síntomas dentro de la novela, alguna que otra visita al doctor, quizá algún tratamiento, y como Jorge Cruz lo admira, él tendría que cuidarlo y eso, a decir verdad, le da mucha pereza porque bastante deprimentes son las enfermedades en la vida real, y las muertes que se anuncian y retardan, como para todavía escribir sobre ello. En una hoja del tendedero queda claramente registrado Martín Ugalde dentro de una camioneta que lleva pintura. Tararea la canción que suena en la radio, golpetea

el volante y se mueve a ritmo. Un autobús se pasa la luz roja a toda velocidad y aplasta el vehículo que iba arrancando. Bajo chatarra y pintura, se seca la mancha del agua de jamaica.

VII

Llaman a la puerta, no es Nachita quien está del otro lado sino el cartero. Trae el telegrama que confirma la cita a la que fue invitado y para la cual mandó su traje a la tintorería. Cuando piensa en ello siente lástima por haber extraviado la nota, aunque ya tiene otras hojas, otras palabras que cuelgan en su estudio. Al leer el telegrama, imagina cómo será el que recibirá Jorge Cruz a nombre de Martín Ugalde para notificarle que ganó el concurso.

El escritor va a la mesa, reacomoda sus lentes sucios y redacta el contenido del comunicado para tenderlo en los pocos espacios restantes. Para continuar con la novela, debe aclarar cómo se entera Jorge Cruz de la muerte de su amigo. Pero antes, lee las tres palabras que siguen en el diccionario. Va en letra *h*. «**helicón**[1] m. fig. Lugar de donde viene o adonde se va a buscar la inspiración poética. Díc. así por alusión al monte Helicón, de Beocia, consagrado a las Musas. **helicón**[2] m. Instrumento músico de metal y de grandes dimensiones, cuyo tubo, de forma circular, permite colocarlo alrededor del cuerpo y apoyarlo sobre el hombro de quien lo toca. **helicona** adj. f. Perteneciente al Helicón o a sus musas.

helicónides f. pl. Las musas que moraban en el monte Helicón».

El escritor desea que lo visiten las helicónides para encontrar la primera frase que aún no halla o por lo menos para recordar la escritura en la nota de la tintorería. Aunque por ahora no le preocupa demasiado porque ha resuelto otras trabas de la historia. Helicónides parece una palabra divertida, mucho más que la de ayer, helicómetro. El instrumento que mide la fuerza de las hélices en los buques de vapor, entra en los ciento ochenta y cinco mil que no le importan. Pero helicónides es un vocablo adaptable a su vida, relacionado con lo que le sucede ahora, y además tiene un sonido grato.

Jorge Cruz se entera de la muerte de su amigo porque el hombre de las pinturas le avisa que Martín se accidentó y que se encuentra en la Cruz Roja. Al llegar Jorge, Martín ya está muerto y solamente queda reconocer el cadáver. Pide dinero prestado a su patrona, que ahora ya no es güera sino castaña, para sepultarlo. Ese será un fragmento grave y al escritor se le dificultará escribirlo porque su único amigo vive y desconoce cómo es ese dolor. Lo imagina pero le da miedo escribirlo, sentirlo de verdad.

Jorge Cruz considera irse a vivir a otro lado de la República, donde pueda ser alguien más, otra cosa que no

sea chofer. La ciudad no le sabe igual sin Martín; las tardes se le pierden en el vacío y la histérica de su patrona lo tiene harto. Renuncia a su trabajo y cuando está por preparar sus cosas para marcharse recibe el telegrama donde anuncian que Martín Ugalde ganó el premio. Jorge llora, el bigote se le humedece por la ausencia de Martín, por la emoción del premio, por la pena enorme de que Martín no pudiera verlo, porque el sabor de la vida se ha ido diluyendo. Recuerda que Martín dijo tener miedo de empezar una segunda novela y no acabarla, que en su destino no estaba marcada la línea del escritor. Cruz decide ir a la editorial para notificar lo sucedido pero en el camino idea algo mejor: hacerse pasar por Martín Ugalde. No le caería nada mal los ciento cincuenta millones del premio, además en cierto modo los merece porque él impulsó a Martín a terminar la novela, lo escuchó atentamente aunque a veces no entendiera lo que decía, lo motivó para complicar aún más lo sencillo, le sugirió mandarla a mecanografiar, enviarla al concurso. Con ese dinero podría poner un negocio al estilo de los Ugalde, casarse, formar una familia y echar raíces en un lugar donde espera que alguien querido lo entierre y no le suceda lo que a Martín, que a la hora de su muerte sólo tuvo un único amigo.

Jorge Cruz podría hacerse pasar por escritor. En ese caso solamente cobraría lo que Martín Ugalde dejó de herencia. Representaría a quien la editorial busca. No

hay manera de que lo descubran y nadie podrá negar que es quien dice ser. Con una identificación falsa bastaría. Además varios capítulos de *Amalia* Martín los escribió basándose en ideas que él aportaba. Él sugirió que Amalia trabajara en el placer por el placer de darlo y resultó, ya en la novela, que Amalia vendía su cuerpo a hombres adinerados para mantener a sus nuevos jóvenes amantes incapaces de pagar lo que ella cobraba.

Jorge Cruz regresa al departamento y avisa a la casera que se quedará unos días más. Cambia su aspecto: rasura el bigote, arregla el cabello y viste los pantalones de pana que eran de Ugalde aunque le queden apretados. Se está preparando para representar a Martín Ugalde, el escritor que gana el premio de una novela.

Ha sido un día de mucho trabajo. El escritor sale contento de su estudio. Su rostro pálido y las gafas grasosas no enmarcan adecuadamente esa sonrisa, quizá por su escasa presencia. Desearía trabajar así diariamente. Prepara su cena y antes de ir a la cama escoge un libro para leer. Son los cuentos de Wilde. Le gusta releer esas historias porque recuerda su infancia, cuando pasaba días en reposo, a causa del asma, acompañado de Wilde. Del libro cae un papel. Es una nota escrita con la letra de su exesposa. «Nos vemos en casa de Raúl para cenar». Una marejada de sentimiento le viene a la mente, la recuerda. Piensa en que no ha tenido a nadie desde entonces,

que la vida se le va y sólo tiene a Nachita y a Carlos; en que quizá, cuando muera, le suceda lo que a Martín Ugalde, que su único amigo lo entierre. Acaso cuando acabe la novela debiera pensar en hacer lo que hubiera hecho Cruz de no haber recibido el telegrama: ir a cualquier lugar de la República; empezar una vida nueva, casarse, tener hijos, echar raíces en alguna tierra del sureste del país; todavía tiene edad para hacerlo. Podría trabajar de profesor y escribir otra novela porque en su destino está escrito que esa sea su profesión.

VIII

Jorge Cruz no se parece a otro que no sea él. El pantalón de pana y el saco de algodón no lo hacen parecer escritor, mucho menos Martín Ugalde. Falta tamaño a sus ojos, sobra cabello y cuerpo, falta la sonrisa mansa y el talento. Pero ahí está: en el edificio de la editorial. Cuando abra la puerta soslayará su nombre verdadero, el dolor de la muerte del amigo, el trabajo de chofer y su manera última de vivir. En la editorial se anuncia como Martín Ugalde y ni el más leve indico de duda aparece en el rostro de quienes lo ven. Suponía que en las editoriales habría oficinas con grandes ventanas para cada uno de los empleados y no una serie infinita de escritorios acomodados a manera de caballerizas. Al ver eso, sabe que nunca podría suplantar al trabajador de una editorial.

—¿Martín Ugalde?

—Ss… sí.

—¡Felicidades!

—Gracias.

—Personalmente creo que *Amalia* es una obra fuera de los parámetros actuales.

—¿Le parece?

—¿Trae alguna identificación?

—¿Mande?

—Algún documento que lo acredite.

—No. ¿Es muy necesario?

—Son requisitos.

El hombre saca un papel del escritorio y lo enseña. Es la nota que saldrá mañana en el periódico. Jorge Cruz recuerda a Martín cuando escribía en su cuaderno amarillo, buscando palabras y adjetivos. Se siente ajeno a sí mismo, a Martín, a esa situación que pensó menos complicada. Sus manos se mueven con nerviosismo y una mezcla de confusión y prisa se expresan en su rostro.

—¿Cuándo me darán el premio?

—No tan pronto como nos gustaría. Faltan algunos trámites, hay que firmar el contrato para la publicación, conceder algunas entrevistas a la prensa, que querrá saber algo sobre usted. Asistir a la premiación, etcétera.

—Tengo pensado salir de del país.

—Claro, pero podrá esperar digamos diez días.

Por diez días tan sólo será Martín Ugalde, la suplantación más breve que jámas haya hecho. Cuando se hizo pasar por veterinario fue por tres meses y había sido la más corta. Jorge Cruz confía en que las cosas se resuelvan de manera natural aunque todo indica lo contrario. Toma un fuerte respiro para responder a las preguntas de aquel hombre del cual ni siquiera sabe su nombre.

Al escritor le fascinaría escribir estas líneas como si él ya lo hubiera experimentado, como si fuera solamente a narrar una premiación más entre tantas que le hubieran concedido. Pero ni siquiera sabe cuáles son los trámites. Qué es lo que se acostumbra decir cuando se gana un certamen. Inventará una manera de premiar, quizá la manera como se otorgarán los premios del concurso que algún día llevará su nombre.

—¿Y no podría darme un adelanto? Necesito el dinero.

—Bueno, el asunto no es muy complicado pero… Espero no tenga alguna urgencia.

—Las de siempre.

—Las conozco.

El hombre se retira en busca de algo. En el camino topa con compañeros de trabajo, hacen comentarios y miran a Jorge Cruz pero creen ver a Martín Ugalde. Después de largos minutos, trae el programa de las actividades para los próximos días.

—Es usted el primer premiado que no salta de gusto.

—¿Me decía?

—Nada. Mañana a las nueve hay que estar…

Jorge Cruz abandona la editorial con un temblorcillo en las piernas. El vientre le molesta por el pantalón tan ajustado. Siente desconcierto pues, generalmente, desde el primer momento adopta el tono y la manera de hablar del que sustituye, pero ahora casi ni chistó. Algo

raro sucede. Será que nunca antes había suplantado a alguien muerto.

El escritor cuelga la hoja en el tendedero. Pronto no cabrán más. Tendrá que bajar las partes primeras para dar espacio a las siguientes.

Es viernes, último día de trabajo de la semana. El escritor no trabaja sábados ni domingos, y no porque respete los horarios de oficina sino porque son los días que aprovecha para romper sus hábitos de creador con el afán de experimentar las vivencias que ha de verter en su trabajo, aunque finalmente quede recluido tras su propia muralla. Va al cine y se sienta en las últimas butacas porque le molesta que noten que asiste solo. Teme que lo critique esa mayoría que llega en pares. Sale a tomar unas copas, pero desiste después de la primera porque encuentra absurdo mirar el fondo del vaso cuando pudiera conversar con alguien. En ocasiones frecuenta a una tía que vive sola, como él, y que nadie atiende. Una mezcla de compasión, ternura y miedo le provoca deseos de verla, de oírla repetir los mismos cuentos sobre su pueblo. Cuando convive con ella, lo asusta estar frente al espejo. Va porque espera que alguien se compadezca de él cuando esté en esa situación y lo visite también.

El escritor acomoda las hojas bajo el pisapapeles. Arregla superficialmente el estudio y se despide diciendo «hasta el lunes».

IX

El escritor apunta en su libreta algunas opciones sobre cómo Jorge Cruz explicaría la escritura de la novela. Aunque es sábado y no entra al estudio, rara vez deja de cavilar sobre sus escritos. Cuando su exesposa lo veía pensativo le decía: «¿Qué tal si dejas de escribir y me haces caso un rato?». Pero no lo hizo y ella se fue. Ahora que está con el sábado enfrente quisiera tenerla de nuevo para dedicarle sus horas.

El escritor imagina que el nuevo Martín Ugalde podrá decir que alguna vez hizo un viaje a Oaxaca, contará con detenimiento los hábitos de la región. Dirá que lo que más le impresionó fue ver entre tanta gente morena una muchacha pelirroja que vivía ahí, que le impactó su disimulada sonrisa permanente. Era una luna naranja en un manto negro. Dirá que ahí surgió la idea de esa historia, la primera que escribe, y que trabajó junto al mar. Dirá que escribió de noche para que la luz no lo distrajera, que el sonido marino arrulló sus ideas acomodándolas. Que como las olas, una tras otra, iban saliendo las situaciones y en menos de dos meses tenía terminado el borrador. Dirá que un amigo suyo, Jorge Cruz, fue quien lo motivó para entrar al concurso y que acaba de morir, dirá que le debe el premio. Podrá con-

cluir diciendo que la mente del escritor es como el mar: azul y salada, permeadora de profundidades inimaginables. Dirá que cada pez es una luminosa chispa y que sus movimientos producen palabras majestuosas. Que el mar es una gran novela, que el húmedo y salino ambiente le confiaron partes de ello y que fue ahí donde descubrió el secreto de *Amalia*.

El escritor pasea por el parque ubicado cerca de su casa. Cuando quiere encontrar la forma de caminar o de moverse de un personaje, sabe que ahí la hallará. Añora el ruido del cilindro, las campanitas de los helados, la voz de los vendedores y todos los sonidos de su infancia. Su abuelo lo llevaba al parque cuando el asma no lo abatía, y cuando lo visitaba en cama traía consigo el olor a algodón de dulce, a paseo, a conversación en banca… Ahí se le han ocurrido algunas ideas. De un globero salió el cuento infantil del hombre que guardaba el aire en bolsas de colores para después regalárselo a los niños que quisieran conocer el aliento de Dios. Ese cuento es compañero de cajón de las otras historias.

En la novela intervendrán dos personajes más: un hombre y una mujer. No tiene que discurrir sus antecedentes ni características pues ya los conoce. Será la pareja que lo sorprendió enormemente en el Museo de Antropología. En la novela sólo servirán para transmitir un mensaje. Ellos se conocieron en unas ruinas, en el Tajín

para ser más precisos, se reencontraron después en el Museo de Antropología, donde el escritor los vio, y se enamoraron. Llevan muchos años juntos. La hermana del hombre, Marta, anda en busca de un amigo de la infancia. De tanto que la mujer ha oído hablar de él, cree reconocerlo y se atreve a darle un mensaje. La pareja participará en la historia cuando coincida con Jorge Cruz en una reunión. La historia se complica. Lo difícil es hacerla interesante sin enmarañarla en demasía.

Hay muchos niños en el parque, el escritor cree que la población ha aumentado un treinta por ciento y que todos esos infantes pasean en sus bicicletas esa mañana. Compra una fritura de harina y le pone mucha salsa. La memoria del abuelo retorna sutilmente. Si tuviera nietos, los llevaría al parque para comprarles frituras, contarles historias y comer helados en una banca. Pero carece de lo básico, una madre para sus hijos. Del otro lado del jardín ve avanzar a una persona interesante. Apunta la manera de moverse, el tipo de armazón de los lentes, su posible nombre. Observa bien la cara para probablemente usar esos rasgos en otro personaje, personaje de otra historia.

El escritor ignora el nombre que ha de llevar la novela sobre Cruz y Ugalde. Es inusual que trabaje en un material intitulado. Posiblemente sea como en los personajes, que en su nombre llevan el destino. Tal vez por

eso no lo había pensado, no encuentra las primeras palabras. No llevará el nombre del protagonista, le parece de mal gusto y sin inventiva. Tiene que ser algo relacionado con el tema, o como lo ha hecho en ocasiones anteriores, alguna frase que quede escrita y que resuma, por así decirlo, el sentido de la novela. Es momento de abrir un listado de títulos tentativos. Pronto será necesario bautizar la historia.

X

El tiempo se escapa aun siendo cernido por el colador más fino. Llegó el lunes para el escritor y ya está en el estudio colgando nuevas hojas, transcribiendo las notas del fin de semana. Parece una planta marchita con su camisa verdosa y su piel tan clara. La fecha de cierre del concurso se aproxima. Tendrá que trabajar horas extras, escribir durante los fines de semana que le quedan, dar velocidad a esa novela que aún no comienza a teclear. Sigue buscando, recorriendo los trazos de su historia: la primera frase está cerca.

Agotado por la tensión, el escritor amaneció con la mandíbula adolorida, también tiene el vientre ligeramente abultado y no puede ir al baño. Todos esos son síntomas claros de estrés. Nachita le preparó jugo de papaya por la mañana. A la una de la tarde en punto entró al estudio.

—En lugar de agua de jamaica le traigo té de tila.

—Mmmmm…

—Para ver si así se calma.

Nachita sale de prisa, no debió hablarle. Pero le disgusta verlo así, con esa cara, con los ojos gachos.

El escritor se ha impuesto un plazo para terminar la historia. Forzosamente ha de sentarse frente a la máquina el viernes que viene, en cuatro días si se resta el de hoy. Es demasiado el trabajo que tiene por hacer y sólo quedan siete semanas. Las hojas del tendedero han sido esgrafiadas con una letra más grande, menos precisa. El escritor imagina que el tiempo es una bomba y va a explotar. Imagina sus hojas en pedazos diseminadas por todos lados. No sabe por qué pero cuando más prisa tiene, más difícil le resulta concentrarse. Comienza a imaginar una sarta de eventos que no vienen a cuento y tarda muchísimo en continuar con su trabajo. Le apetece ir al teatro, al cine, de paseo simplemente. Otro síntoma de tensión. A Martín Ugalde la vida de escritor lo trata bien. Usa una muletilla para hablar, lo que según él otorga a su charla un aire interesante, intelectual. Cuando debe pronunciar cosas un poco más elaboradas procura expresarse como lo hizo Martín en la novela y da respuestas apresuradas e ingeniosas a lo que le preguntan. Durante algunos días se ha relacionado con la gente como si fuera una persona importante. Le hicieron otras entrevistas, además de la primera donde declaró haber escrito su historia junto al mar. Dijo que no le apenaba ignorar todo con respecto a la literatura pues ha leído tan poco que podría citar los tres únicos libros que recuerda y que por ello constituyen los tres autores más importantes de su vida, los que lo han influido, y de los cuales ni siquiera sabe pronunciar sus nombres: *El principito, Belleza*

Negra y *Hombrecito*s. Recibió su cheque y abrió una cuenta bancaria. Compró ropa, libros y una máquina de escribir para, al menos, disponer de la mínima parafernalia del escritor.

En reseñas periodísticas igualmente critican o alaban a Jorge Cruz. A él le tiene sin cuidado pues la pasa en reuniones, brindis y cocteles. Escoge una de tantas invitaciones para que sea la última, su última representación de Martín Ugalde. Será su despedida.

Avisa a la editorial que irá a vivir a provincia, a un lugar menos contaminado; que quizá vuelva a la costa para escribir otra historia.

El escritor recuerda que esta noche tiene la fiesta para la que mandó su único traje a la tintorería. Es una fiesta que ofrece un diplomático amigo suyo, más bien conocido de su exesposa, con el cual ha mantenido comunicación por carta durante su estancia en Checoslovaquia. Lo conoce poco, pero es muy amable. El escritor piensa que tal vez si fomenta esa amistad algo bueno pueda salir de ahí, ser agregado cultural de una embajada, o la traducción de alguno de sus libros inéditos. Deja la novela cuando Jorge Martín Cruz Ugalde decide ir a la fiesta.

El escritor demora en hacer el nudo de la corbata porque lo ha hecho muy pocas veces. La última ocasión en que usó una, iba con Carlos a un evento y fue él quien la anudó. Nachita seleccionó lo que había de ponerse: dejó planchada la camisa, afuera los calcetines, lustrados los zapatos, la corbata sobre la cama. Cuando el escritor vio que casi todo estaba listo, pensó que ya no podría vivir sin Nachita y que si se mudara a provincia o a cualquier parte, tendría que llevarla para que le preparara las hojas y la máquina, el agua de jamaica y la ropa. Aunque volviera a casarse la llevaría, porque está decidido a no hacer de su esposa una sirvienta. Pero ahora que lo medita, sí podría hacer de una sirvienta su esposa. Loca posibilidad, pero posibilidad al fin.

Una vez oyó a una mujer comentar con aire sociológico que el noventa por ciento de los mexicanos creen que esposa y servidumbre equivalen a lo mismo, entonces él se dijo que formaría parte del otro diez por ciento. Cuando estuvo casado con Marlina, cada cual era responsable de sus cosas y procuraban no ser una carga para el otro y así funcionaron bien, un tiempo, porque tanta independencia los llevó a vidas separadas.

En todo esto piensa el escritor mientras hace y rehace el nudo de la corbata. A veces la parte de atrás queda más larga, o muy corta, o el nudo queda chueco. De tantos intentos la camisa se mancha de sudor. El escritor ha de

ponerse otra, pero primero terminará el nudo para sólo colocarlo sobre la camisa limpia, pero ¿qué camisa? La que escoge está arrugada y ha de plancharla. Evoca a Nachita. Se quema la mano, le quedan marcas. Plancha un lado y arruga el otro, desarruga la parte posterior y marca el frente. Las mangas quedan sin raya. Se la pone como quedó, luego la corbata y al final el saco que no ha de quitarse para ocultar lo fruncido de su camisa.

Finalmente está listo para ir a la fiesta. De ahí podrá tomar elementos para la reunión a la cual ha de asistir Jorge Martín Cruz Ugalde.

XI

El escritor llega a casa del embajador. Un mayordomo lo recibe y le indica pasar a un salón alejado. No oye el barullo natural de una fiesta. Al cruzar la puerta indicada encuentra muy poca gente, una docena a lo más. De haber sabido que era una reunión íntima no se hubiera presentado, le aflige que otros vean sus modales, su timidez, le angustia que se fijen en él. Saluda cordialmente y cada mano que estrecha queda húmeda del sudor de la suya. Apenas ha llegado y quisiera ya salir de ahí. El embajador lo presenta como un amigo escritor. El escritor se siente halagado de que se refieran a él como tal. Toma asiento y pide un vodka. Le parece de categoría.

Mientras la gente habla sobre política y narcotráfico, el escritor, que nada sabe de eso, imagina que la misma situación será la de Jorge Martín Cruz Ugalde: llegará a la que suponía una fiesta y resultará ser una cena formal donde la gente se sienta a la mesa. Tendrá que forzar la suplantación: cuidar modos y palabras.

El escritor se siente incómodo en la reunión. Desearía que de sus armazones bajara una lámina de acero para ocultarlo frente a los extraños que lo miran atentos. Cuando pasan a la mesa ignora qué tenedor usar para cada

plato. No sabe, tampoco, si la lechuga con la que sirven el cangrejo es de ornato o si debe comerla. Duda si pedir que le pasen la sal o esperar que le lleven un salero individual. Todas esas cosas incrementan su nerviosismo, por lo que procura no tomar la copa de vino para evitar que el temblor de sus manos chorree el líquido. Alcanza a reír de dos o tres pésimos chistes, y conversa un poco con la mujer de al lado que aprovecha para comentarle los libros que conoce y su impresión sobre los suplementos culturales. Le pide que repita su nombre porque no está segura de haberlo leído. Ofrece disculpas por su ignorancia. El escritor quisiera colgarla del candelabro y dejarla ahí hasta que la lengua se le paralice. Bajarla con la condición de que aprenda a distinguir los diálogos interesantes de los estúpidos y que cuando advierta que va a decir uno de los segundos, calle.

El anfitrión dedica unos minutos al escritor pero omite los temas que este esperaba. Lo escucha y comenta brevemente, agradece la invitación. El embajador dice que antes de irse a Israel quería saludar a los amigos de México. El escritor no comprende qué hace en ese lugar pero brinda temiendo tirar el vino, ahora de rabia, por un buen viaje y una vida larga y saludable.

En su casa piensa que no valió la pena haber ido, ni siquiera la ensuciada de la camisa, mucho menos la molestia de la planchada y la quemadura. Desaprovechó el

tiempo tan limitado que queda para tratar de escribir. Además le duele la cabeza por los olores a perfumes y habano. La corbata trató de ahorcarlo toda la noche, el saco lo acaloró en exceso, para únicamente oír a la cacatúa esa y sufrir en la averiguación de cómo comer lo que servían. Prefiere irse a la cama.

Aunque un poco desvelado, el escritor despierta con el primer asomo de luz. Se dispone a seguir con su trabajo. El tiempo apremia. Suena el teléfono mientras se esta bañando. Es Carlos, le robaron el coche, su reloj, todo lo que traía, facturas del trabajo, unos trajes, lo dejaron sin zapatos. Que a él no le hicieron daño, lo reportó al seguro. El escritor le pregunta si le puede ayudar en algo, ofrece prestarle su reloj, su traje. Carlos sólo quiere decírselo una y otra vez, desahogarse, decirle la rabia que siente, contarle cómo adquirió cada una de las cosas robadas, la imposibilidad de hacer lo que había pensado, lo perverso de la ciudad, la ferocidad de la gente.

El escritor lo consuela y cada palabra que dice a Carlos se la dice a sí mismo, lo bueno es que está bien, que no le hicieron daño, que lo que más vale es la vida y que mejor contemple vivir en otro lado. Podrían ir juntos, él lo ha pensado, a ninguno lo ata nada aquí, pueden ir con su chamba mal pagada a cualquier parte. Que no se preocupe, que finalmente nada es para tanto. Carlos se tranquiliza y su voz desaparece del auricular. El escri-

tor mojó el piso con el agua que le escurría. Hay que trapearlo y Nachita no va hoy. Decide no hacerlo; el suelo es lo que menos le importa. Se dirige al estudio dispuesto a terminar, dispuesto a concluir la cacería.

Anota en una hoja el tipo de fiesta a la que irá Jorge Cruz. Escribe sus impresiones de anoche, desarrolla un poco a la gente. Claro está que a Cruz no lo recibirá un mayordomo, asistirá a una reunión poco concurrida donde no hablará con nadie, pero en la mesa ha de sentarse en el lugar que indica su nombre. A su lado estará una señora muy amable. La mujer que el escritor vio en el Museo de Antropología. Comentarán sobre asuntos que a Cruz Ugalde le interesan. La señora preguntará sobre la primaria a la que fue, si no tuvo una amiga de nombre Marta. Podría decirle incluso que le parece conocido aunque no lo ha visto antes, sus gestos le son familiares. La señora le señalará a un hombre, su marido, hermano de Marta. Jorge Cruz no sabrá qué decir porque, tal vez, Martín Ugalde fue a la primaria con la tal Marta. Que él recuerde no conoce a nadie con ese nombre, no recuerda ni las tablas de multiplicar que le enseñaron. Tratará de cambiar el tema, de hablar de otros tópicos, pero la señora insistirá cada vez más. Jorge desearía salir del lugar pero le resulta imposible levantarse de pronto y marcharse sin más. Tendrá que esperar a que termine la cena y entonces emprender la retirada de la reunión, de la ciudad, de Martín Ugalde. La señora continuará

con la historia de su marido, de cómo se conocieron en Tajín, de los años que llevan juntos. El tema de Marta resurge y la señora se empeña en contarle de ella. Jorge Cruz intuye que la señora quiere decir algo con eso porque busca en él una mirada de complicidad. La escucha para que continúe con la historia de Marta, que se complica más.

—Cuando Marta era niña tenía el pelo claro, era la más alta de toda la primaria. ¿Se acuerda?

—Aaaah, ¿de la secundaria o de Marta?

—De Marta. Ahora está muy enferma pero se recupera en Cuernavaca. Mi marido le dará más datos.

La señora se pondrá de pie dejándolo solo. Ugalde Cruz no sabrá qué decir ni qué hacer. Mirará cómo la mujer se acerca a su esposo y le cuchichea algo en el oído; el hombre lo mira a él. Martín ha de terminar de comer lo antes posible para irse. Se levanta como para ir al baño pero es interceptado por el marido de la mujer.

—Me gustaría hablar un momento con usted, si me permite.

—Aaaah, yo…

Martín Jorge Ugalde Cruz se encuentra en apuros.

En ese momento es un racimo de personalidades, nombres y oficios. Enmudece de la impresión. Mientras tanto el hermano de Marta perora y Martín lo mira como

si estuviera en una película silente que empezó hace mucho y de la que no logra captar la trama. Jorge Cruz aprovechará que alguien saluda al hermano de Marta para huir de la fiesta.

El escritor sabe que eso debió hacer él anoche, huir de la fiesta y no escuchar más sobre política y gente que él ni conoce. Debió retirarse discretamente de la fiesta para no estar tan cansado y tener frescura para armar su historia. Cuelga esa hoja en el tendedero. De pie la mira desde lejos e intuye que a su obra le faltan pocos trazos.

XII

El escritor tiene hambre, de su estómago escapan ruidos. Pero no quiere prepararse nada de comer, si deja de trabajar podría perder el ritmo intenso y veloz que ha logrado. En otra hoja apunta.

Martín Ugalde ha de cancelar su cuenta de cheques, dejar el departamento, partir de la ciudad. Al salir del banco Martín observará a un hombre que ya había visto, que vio cuando se alejó de la fiesta de anoche. Martín caminará por la avenida para despedirse de la capital cuando vuelva a ver al mismo hombre. Supone que algo raro sucede. Jorge Martín irá a su departamento y cuando baje del taxi se verá que el mismo hombre baja de otro taxi. Ahora está seguro de que lo siguen.

Creo que me están siguiendo, no sé quién, no sé por qué, pero creo que me están siguiendo. Cuando el escritor escribe esa frase reconoce que esa es la que apuntó en la nota de la tintorería. Por fin recuperó la frase perdida. Ahora tiene lo que entonces era lo único que había escrito sobre su novela.

Martín Ugalde no sabrá a quién siguen, si a él, a su verdadero él, es decir a Jorge Cruz por alguna de tantas

suplantaciones que ha hecho, o si siguen a Martín Ugalde por alguna deuda que haya dejado, o al amigo de Marta la de Cuernavaca, la cuñada de la señora de la fiesta. ¿Cómo huir?, ¿por cuál de todos hacerse pasar? ¿A quién perseguirán y qué razón habrá? Jorge Cruz entra al departamento y asegura la puerta con llave. Guarda sus cosas en una maleta, no puede empacar sus libros ni la máquina, retardarían la salida. Los dejará con la casera para luego mandar por ellos. Imposible, también, conseguir una caja para guardar enseres de cocina porque afuera estará el hombre que lo sigue.

Jorge Cruz pasea desesperado. Prepara un café y decide reflexionar sobre lo que va a hacer. Si a quien persiguieran fuera a Jorge Cruz…, pero por más que se acuerda no halla razón, pues todos sus asuntos estaban medianamente arreglados; y si fuera a él, lo habrían seguido desde que llegó. Entonces estarán siguiendo a Martín Ugalde, quizá por algo relacionado con las pinturas, pero es ilógico porque Martín Ugalde murió en un accidente y la persona con quien trabajaba lo sabe. Entonces posiblemente sigan a Jorge Cruz porque sospechan que no es Martín Ugalde. Pero tampoco es muy probable porque en la editorial nadie reclamó o siquiera dudó que él fuera Martín, aunque nunca entregó su identificación. ¿Y si a quien siguen es al de la fiesta?, quizá se comprometió a algo con el hermano de Marta y ni se dio por enterado. Tal vez la persona con quien lo confundieron

está en apuros o a lo mejor es traficante de droga, de joyas, de pieles…, tal vez lo quieren casar con Marta.

El escritor se detiene a pensar a quién de los tres siguen y por qué. Quizá a todos ellos y el seguidor es un personaje que no aparece en la historia pero que está detrás de ella: pudiera ser el narrador que va tras sus personajes para poder escribirlos. Un hombre con muchas personalidades es seguido, la historia trata de los subterfugios que usa para escapar, pero quien lo sigue es quien lo escribe. La dificultad estriba en que en la novela no se sepa quién es el seguidor sino hasta el final.

Jorge Cruz ve la máquina de escribir. Si ahora que deja la ciudad, no fuera a suplantar a nadie sino a sí mismo, si se marchara con la máquina y los libros a escribir una historia, esa, la que está viviendo. Si llegara a algún lugar cerca del mar, como lo dijo en la entrevista, y escribiera en las noches de luna. Si mandara su trabajo a un concurso y lo ganara. Si tuviera una vida menos agitada, más real, más propia.

El escritor vuelve a distraerse. Si dejara la ciudad y empezara otra vida, si le hablara a Marlina y le pidiera que se fuera con él. No puede evitar disgregar las ideas cuando más concentración necesita. Pero ahora recuerda que debe empezar a escribir en su Olivetti la novela de Martín Ugalde.

Jorge Cruz sigue en su departamento, tiene que huir de ahí lo más rapido posible. No sabe qué se propone quien lo sigue. Pero ¿cómo escapar del seguidor? Si pide por teléfono una pizza y hace un trato con el repartidor…, Jorge saldrá con la chamarra y la gorra del uniforme y el repartidor con la chamarra de Jorge. Es posible porque Cruz tiene dinero para pagarle. Jorge solamente saldrá con una muda de ropa y lo demás, los libros y la máquina, lo dejará porque ahora que lo piensa bien si de verdad quisiera contar esa historia, ¿cuál sería la primera frase?

El escritor y su protagonista están frente a distintas partes del mismo problema. Cómo terminar piensa él, cómo empezar piensa Jorge Cruz.

Jorge Cruz huye de la unidad habitacional montado en una motocicleta azul, lleva puesta una chamarra que dice pizza. Dejan la ciudad Martín Ugalde, Jorge Cruz, el repartidor de pizza y el amigo de Marta. Cuando llegue a su destino podría ser alguno de todos ellos u otro, alguien más que se le antojara suplantar, quizá a un escritor que escriba una novela sobre otro escritor que no encuentra la primera frase de su historia.

Espiral
se terminó de editar en
octubre de 2018 en las
oficinas de la Editorial Univer-
sidad de Guadalajara, José Bonifacio
Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Maribel Aguilar Aguilar
Cuidado editorial

Daniel Zamorano Hernández y Pablo Ontiveros Pimienta
María Alejandra Romero Ibáñez
Diseño y diagramación